

# Un paseo nocturno

Carlos Emmanuel Ponce Pineda

Lingüística y literatura hispánica  
carlos.poncepi@alumno.buap.mx

**D**espertas. La música del vecino del piso de arriba hace retumbar el techo. Abres los ojos y la oscuridad te inunda. Te preguntas qué hora es. Recuerdas haberte ido a dormir temprano, a las ocho. Tanteas la pared a tu derecha, sientes la fría y áspera textura. Bajas un poco más. Tocando a ciegas con la esperanza de encontrar la conexión eléctrica. Podrías prender la luz y acelerar el proceso, pero eso implicaría levantarte de la cama y no quieres tocar el suelo con los pies descalzos.

Con un poco de frustración dibujas un arco sobre la pared y al fin das con tu cargador. Sigues el cable hasta encontrar tu teléfono. Parece que se cayó de la cama. Con mucho cuidado tiras del cable para levantarlo. Cuidando no hacerlo con mucha brusquedad para no desconectarlo. Casi puedes sentir el final del cable cuando escuchas un traqueteo. El aparato se desconectó y la gravedad hizo el resto. Murmuras una maldición y te giras para meter la mano izquierda en el hueco entre la cama y la pared. Tomas el teléfono entre tus dedos y lo levantas. Lo desbloqueas para revisar la hora y el haz de luz te hace fruncir los ojos. Ves la hora, once de la noche. Últimamente has tenido problemas para dormir. Intentas dormirte a las ocho para despertar a las seis, pero cuando al fin logras caer en los brazos de Morfeo algo te interrumpe y terminas con cuatro horas de sueño o menos. Como en tu caso actual. Vaya vacaciones que estas teniendo.

Miras más allá de la pantalla. Examinas la habitación en penumbra. La imagen mental de tu cuarto con una televisión de cincuenta pulgadas y la consola de videojuegos debajo de esta chocan con la realidad de un espacio

vacío. Recuerdas que hace una semana volviste de casa de tus padres con todo preparado para volver a la nueva normalidad solo para enterarte de que mientras no estabas alguien entro a tu pequeña habitación y se robó todo lo que tenías de valor. Suspiras. No quieres estar ahí, pero es lo que puedes pagar. El lugar se ve vacío y solo te queda el sentimiento de pérdida. Como ahora has despertado y sabes que no volverás a dormir en por lo menos otras cuatro horas decides salir a caminar. Sintiendo el amodorramiento característico de quien quiere dormir más pero no puede te levantas de la cama. El piso está más frío de lo que imaginaste. Con el brillo de la pantalla encuentras el interruptor y la oscuridad retrocede. Tomas un par de calcetines y te pones los zapatos. Sigues en pijama, pero no te importa, después de todo a esa hora los pocos transeúntes están o muy cansados o muy borrachos para fijarse en lo que llevas puesto.

Tomas tu teléfono, llaves y cartera. Vas a abrir la puerta cuando ves el letrero que pegaste al volver "Recuerda salir con cubrebocas". Te das media vuelta para tomar el cubrebocas de tela que dejaste en el espacio vacío donde solía estar tu televisor. Bebes un vaso de agua y abandonas tu habitación después de haber puesto el seguro en tu puerta de madera. Caminas por el pasillo. Escuchas el zumbido de la música del piso superior. Sus fiestas no suelen acabar antes de las cuatro de la mañana así que el ruido probablemente seguirá cuando regreses de tu paseo nocturno. El pasillo está vacío al igual que las demás habitaciones del nivel en el que te encuentras. Eres la única persona a la que se le ocurrió volver tan pronto a la ciudad puesto que aún

faltan un par de meses para que empiecen las clases. Llegas hasta la entrada de las escaleras. La reja de metal tiene el candado puesto y recuerdas haberla dejado así antes de entrar a tu habitación. Sacas tus llaves. Retiras el candado. La puerta llora cuando la abres. Sus chirridos parecen los de alguien que sufre. Sabes que le falta aceite, pero estás de vacaciones y no quieres hacer el trabajo del casero. Después de cruzar y volver a hacer llorar a la reja pones el candado de nuevo. Sabes que es poco probable que algún ladrón se meta mientras estas fuera, pero nunca se sabe.

Al salir de tu edificio miras a ambos lados de la calle. Tu única compañía son las farolas con sus luces amarillentas e intermitentes. Miras el reloj en tu muñeca. Las manecillas te indican que son las once y veinte. Comienzas a caminar sin un rumbo fijo. El sonido de la grava bajo tus pies es acompañado por el rumor de autos en la distancia, Tu mente comienza a divagar. Miras las estrellas y piensas en lo bonitas que se verían si no fuera por la contaminación. Apenas si puedes distinguir el cinturón de orión. Examinas las calles. Cuando estabas dentro de la colonia no veías gente, pero ahora que estas cerca de la avenida notas más actividad. Puestos de tacos en las esquinas, la panadería donde venden unos deliciosos pasteles de manzana, la hamburguesería, el Oxxo. Avanzas dejando atrás los negocios de comida. Con la indecisión de comprar algo. Piensas que ya es noche y tal vez unos tacos al pastor te puedan caer pesados. Tal vez unos molotes. Recuerdas que había unos cerca muy baratos o un burrito de carne asada... Te detienes en seco. La vibración de tu teléfono te saca de tus cavilaciones. Ves la pantalla y descubres que necesitas comprar un nuevo cargador. La notificación de que le queda menos del cinco por ciento de batería ha sonado. Aún no tienes ganas de regresar a casa pues quieres hacer algo más de tiempo y disfrutar de las calles a medianoche. Sigues caminando. Proponiéndote juegos para pasar el rato. Patear una piedra por un par de cuerdas, caminar evitando pisar las grietas del suelo, caminar solo sobre el borde de la banqueta. Llegas a un parque. Las luces de la calle principal no lo alumbran del todo.

El lugar tiene un aspecto tétrico, pero tú no crees en lo paranormal y a excepción de ti y un gato no hay nadie más en los alrededores. Te acercas a uno de los columpios. Dudas un momento sobre sentarte preguntándote si esa cosa oxidada podrá aguantar tu peso. Te dices que qué más da. Hace mucho que

no te subes a un columpio y nunca se es muy grande para disfrutar de los placeres de la vida. Mientras te balanceas el pequeño gato negro que viste en los alrededores se acerca a ti. Parece estar acostumbrado a las personas porque cuando le extiendes la mano se acerca. Sientes su ronroneo a través de su pelaje. Comienzas a hablarle. Le cuentas sobre lo que te ha pasado últimamente. El robo a tu apartamento, el ruido de los vecinos, tu soledad... De repente el gato te mira fijamente con sus ojos verdes. Se aleja. Parece que quiere que lo sigas. Miras el reloj. Cinco para las doce. Aún es temprano. Decides seguirlo. Caminas entre las calles persiguiendo al minino hasta dar con una esquina inversa con una valla metálica. La vegetación forma un techo natural y bloquea las farolas lo cual crea un domo de oscuridad. Como estas en una zona con mayor luz no puedes ver bien que hay adentro sin embargo sientes que la oscuridad te llama. Tu instinto de huida queda relegado al fondo de tu mente. Casi puedes tocarla. Entrás al umbral sintiendo como las sombras te devoran. Pasan unos cuantos segundos hasta que tus ojos se acostumbran a la oscuridad. Buscas al animalito y lo encuentras al otro lado de la valla. Parece que hay un agujero en ella. Te acercas para ver mejor dentro de las tinieblas. Al otro lado parece haber una depresión de tierra de medio metro. Consideras la idea de entrar. No parece haber nadie en el terreno y tal vez la adrenalina de explorar lo desconocido te ayude a dormir mejor. Tu sentido común parece regresar. Es mejor no arriesgarse. Podría haber algún animal venenoso rondando por ahí. Estas a punto de retroceder cuando sientes una presencia a tus espaldas. Los vellos en la nuca se te erizan. Te volteas rápidamente para ver qué hay detrás. Solo es el gato. Suspiras del alivio, pero este salta sobre ti haciendo que pierdas el equilibrio y caigas de espaldas. Por fortuna el suelo es suave y salvo por la tierra que llevas sobre ti no hay nada anormal. Te levantas lo más rápido que puedes y subes hasta regresar a la calle. El miedo de caer en medio de la oscuridad y que las tinieblas te devoren no es algo que le desearías a nadie.

Caminas rumbo a tu casa. Ya tuviste suficiente por una noche y solo quieres tomar una Ducha. Intentas revisar la hora en tu teléfono, pero la batería murió hace mucho. Revisas tu reloj de pulso. "Que extraño" Piensas. Las tres manecillas se pararon justo en la medianoche. Aceleras el paso. El ambiente se siente muy pesado. Tienes la sensación de que alguien te observa, pero las calles están

vacías. Comienzas a trotar. Llevas un buen rato sin ver a nadie o escuchar autos. No sabes si es tu imaginación, pero jurarías que las farolas son cada vez menos brillantes. Miras atrás, pero sigues sin ver ni un alma. Sientes que la oscuridad te persigue y con el rabillo del ojo logras discernir una sombra con forma humana, pero al voltear no hay nadie. Las calles son inundadas por un silencio anormal. Para este punto estas corriendo con el único ruido siendo el de tu respiración agitada y tus pasos acelerados. Pasas por una de esas tiendas que están abiertas las veinticuatro horas, pero las luces se encuentran apagadas. Entrás en pánico al comenzar a ver como la sombra se acerca a ti. Sacas tus llaves mientras el corazón te late tan fuerte que crees que se va a salir de tu pecho. Para cuando llegas a la entrada del edificio puedes ver una figura sombría acercándose a ti. Es como si la sombra se condensara poco a poco en una criatura humanoide. Con manos temblorosas logras abrir la puerta del edificio. Entrás con premura cerrando la puerta tras de ti. Las luces automáticas se encienden, pero no puedes relajarte aún. Sientes que esa cosa comienza a entrar por la abertura debajo de la puerta. La sombra se ve un poco más sólida y parece ir adquiriendo un color grisáceo como niebla. Corres escaleras arriba mientras escuchas unos pesados pasos arrastrarse hacia ti. Chocas con la reja de metal maldiciéndote por haberla cerrado al salir. Buscas la llave que abre el candado mientras las pisadas y tu respiración son los únicos sonidos audibles. Logras abrir el candado, cruzarlo y cerrar la reja justo al tiempo que ves una de las extremidades pálidas de aquella cosa asomarse por la oscuridad de la puerta. Corres por el pasillo hacia tu habitación. No sabes cuánto tiempo la reja la detendrá. Al meter la llave en el pomo de tu puerta de madera escuchas un fuerte golpe provenir del pasillo.

Volteas a ver a la enorme criatura en estado sólido y la visión es aterradora. Largas extremidades pálidas, un tórax desnutrido con las costillas marcadas, ni un ápice de musculo y unas venas negras que se marcan por lo que quisieras llamar un rostro sin cara. Al notar que lo observas. Dos agujeros negros como la tinta se forman entre las venas de la cara. Te miran dibujando una sonrisa macabra mientras rasga su rostro mostrando sus afilados y amarillentos dientes. Extiende un brazo intentando alcanzarte, pero al no lograrlo deja escapar un chillido que te eriza la piel. Comienza a aporrear la única cosa que se interpone entre

eso y tú. Puedes escuchar las bisagras de metal siendo dobladas ante la descomunal fuerza. Entrás a tu habitación buscando algo con lo que defenderte. Encuentras un chuchillo viejo que usas para cocinar. La reja de metal sigue crujiendo y chillando mientras es derribada. No te queda mucho tiempo. Te escondes en el armario y esperas en silencio. Todo está en silencio. Puedes escuchar como tu corazón late. Intentas calmarte no quieres que eso te escuche. La puerta de madera cruje al abrirse lentamente. Puedes oír un ligero ronroneo macabro mientras la criatura entra arrastrando sus pesadas extremidades alargadas por tu habitación. Tu agitado corazón se acelera cuando escuchas el estruendo de tu cama siendo lanzada por los aires. Te está buscando y sabe que estas cerca. Levantas el cuchillo en el aire preparándote para lo peor. El closet se abre lentamente y en cuanto la criatura se acerca a ti dejas caer el cuchillo atravesando su tórax. Una sustancia viscosa brota de la herida cayendo en tu mano. Sientes un fuerte dolor donde el líquido te tocó mientras escuchas siseos y el aroma a piel quemada inunda el aire. La criatura chilla de dolor, pero tú no has terminado. Continúas blandiendo el arma mientras gritas. Sientes que una de sus extremidades golpea la puerta intentando defenderse, pero en un lugar tan estrecho tienes ventaja. La cosa retrocede mientras escuchas como comienza a morir lentamente. Das un suspiro de alivio y pierdes la conciencia.

Despiertas en tu cama. La luz de la mañana entra por la ventana. Parece que todo ha sido una pesadilla. En el piso de arriba la música continúa. Nunca creíste que llegaría el día en el que agradecerías escuchar tanto barullo. Te levantas de la cama sin intenciones de volver a dormir cuando un dolor punzante te escuece la mano. Sientes un escalofrío recorrer tu cuello al correr al baño. Prendes la luz mientras levantas con temor tu mano frente al espejo y observas aterrorizado como una enorme cicatriz negra abarca el dorso de tu mano. ●

